

título queda así justificado, y al que se vuelve siempre que se presenta oportunidad para hacerlo, como al concluir «Borges, lector del Oriente fabuloso», donde las traducciones de *Las mil y una noches* permiten evocar las versiones homéricas, que a su vez animan a recordar conclusiones relacionadas con esa ficción, o en «Tres humanistas del siglo XX: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges», por razones que los dos ensayos dedicados a ese cuento permiten deducir. Como sus lectores recordarán, «El inmortal» está en gran medida conformado por la traducción del relato autobiográfico escrito en inglés por Joseph Cartaphilus, quien antes se llamó Marco Flaminio Rufo, accedió a la inmortalidad y durante siglos compartió con Homero ese privilegio aparente. Tras una detenida reflexión sobre el epígrafe de Francis Bacon que recuperaba a Platón y a Salomón, Vicente Cervera proyecta sus conclusiones sobre el relato para poner de manifiesto la entraña platónica del texto, entendido como rememoración que convierte toda escritura en una reescritura y cada lectura en recuerdo de lo leído, sin olvidar que para escribir es además indispensable haber leído antes. Bastaba con un paso más para proponer que todos los narradores son el mismo narrador, como se infiere antes de asumir un panteísmo textual coagulado en torno a esa suerte de autor “inmortal” forjado por el conjunto de los autores cuyas obras conforman la literatura. Me resulta imposible dar cuenta de las riquezas de la propuesta ofrecida. Vicente Cervera, poeta al fin, procede menos por razonamientos que por analogías, y las intuiciones se suceden sin fin al tiempo que se comenta ese bosquejo de una ética para inmortales que deja patentes las inconveniencias de la inmortalidad, que nos haría indiferentes al tiempo y al espacio y cuya pérdida Rufo acogió con alivio, pues solo la muerte hace valiosa la vida en cada uno de los irrecuperables instantes que la conforman; las asociaciones se suceden al tiempo que se evoca esa pesadilla de la inmortalidad que se concreta en la laberíntica o meramente insensata Ciudad de los Inmortales, que lleva hasta la Biblioteca de Babel, que lleva hasta la esfera de Pascal, que lleva hasta el Aleph de Carlos Argentino Daneri, en una deriva que deja de manifiesto el juego de espejos o de referencias cruzadas que parece conformar la obra de Borges y que finalmente concluye identificando al inmortal con la literatura o con ese único y a la vez plural autor que son los autores que contruyen la literatura.

«Las horas y los siglos de Borges (a modo de epílogo)» cierra el volumen y confirma la opinión de que «El inmortal» concentra la mayor parte de los tópicos literarios de Borges, además de ser la ficción preferida por Vicente Cervera. Confirma también la impresión de que *Borges en la ciudad de los inmortales* no es un libro adecuado para quienes pretendan acercarse al escritor argentino: es un libro para los conocedores de su obra. Ese requisito es necesario para poder apreciar los numerosos hallazgos y en alguna ocasión para discutirlos.

TEODOSIO FERNÁNDEZ  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

**Hernán Loyola. *El joven Neruda 1904-1935*. Santiago de Chile. Lumen. 2014. 592 pp.**

A tantos años del periplo vital de Pablo Neruda (1904-1973), parece difícil considerar que puedan aún aportarse datos relevantes sobre su vida y obra, y sin embargo ocurre. Así lo testimonia esta última entrega de Hernán Loyola, a cuya pasión crítica y biográfica se debe una extensa bibliografía dedicada al Nobel chileno. Su monumental edición de las obras completas de Neruda en cinco volúmenes (Círculo de Lectores

y Galaxia Gutenberg, 1999-2002) supuso la culminación de toda una vida dedicada al poeta de Temuco, desde que en el ya lejano 1954 se graduara con una tesis sobre *Canto general*. Le siguieron títulos como *Ser y morir en Pablo Neruda* (1967), la edición de *Residencia en la tierra* para Cátedra (1987), o las célebres antologías de Alianza (1981) y Santillana (2010). Pero su tesón no se resignó a poner punto final a esa singladura nerudiana, y una vez finalizadas esas tareas de tantos años, derivó hacia rutas que trascendían lo estrictamente académico y se acercaban al público general, en el mismo empeño de cuidar el fuego de esa memoria. Así, en 2006 dio a la luz el volumen *Neruda. La biografía literaria* en Seix Barral, y de este modo se sumaba a una ya nutrida tradición memorialista dedicada al vate, con contribuciones tan conocidas como las de Margarita Aguirre, Volodia Teitelboim o Jorge Edwards.

Habrá quien se pregunte si la vida y obra de un poeta da para tantas páginas, o si quedan temas aún por explorar, o simplemente si pueden aún interesar las vicisitudes de aquel joven chileno que desde el sur lluvioso de su país natal inició una aventura que habría de llevarlo a conquistar tempranamente el reconocimiento internacional. El hecho de que se sigan publicando y difundiendo con éxito sus páginas –lo último, el puñado de inéditos *Tus pies toco en la sombra* (Seix Barral, 2014)– es una respuesta por sí sola. Ese fervor que Neruda siempre convoca tiene que ver con diversos motivos: uno de ellos es la rara conjunción de su calidad literaria y la capacidad de conexión con el gran público –como sucede en Cervantes o García Márquez–, algo que hace muchos años analizó con acierto el cubano Virgilio Piñera en relación con los celebérrimos *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; otro de los motivos tiene que ver con lo que un artista universal supone como emblema de una colectividad: así ocurre también con otros, como Lorca o Vallejo, cuya obra logra trascender la individualidad y convertirse en espejo del alma de todos, con su quebranto, su sueño o su dolorosa humanidad.

Habrá asimismo quien se pregunte por qué esta nueva entrega biográfica que hoy comentamos no parte del año 1932 –donde Loyola dejara la primera, con el regreso del poeta a Chile desde Singapur–, sino que vuelve sobre sus pasos, y se dedica al periodo 1904-1935. Pero esto también puede entenderse cuando uno aborda la lectura fluida y diversa de sus casi seiscientas páginas. El perfeccionismo y detallismo de Loyola decide recorrer todo de nuevo, seguir iluminando oscuridades en la vida de uno de los grandes artistas del siglo XX, que estuvo entre los protagonistas del fragor y la bohemia de los años veinte y treinta –semillero del arte y el pensamiento de la centuria–, y que logró sobrevivir a esa Edad de Plata que se tragó la guerra, como quien regresara de la muerte y se convirtiera en testigo privilegiado y voz de los ausentes. Todo eso puede haber pesado para que el biógrafo se haya dedicado tan largamente a esos años de la juventud nerudiana, y lo hace desde un punto de vista personal –que no evita la ironía pero sí la acritud– para desgranar sus opiniones e hipótesis a lo largo de todo el libro.

Así, *El joven Neruda* sintetiza en su primera mitad el periodo 1904-1932 que vertebraba la entrega anterior, y a continuación se dedica a los cruciales años sucesivos, previos a la guerra civil española y fundamentales en su formación como poeta y ser humano. En sus páginas se explora la figura del ciudadano chileno que late tras las páginas de su poesía, la dialéctica entre Naturaleza e Historia, según nos propone el propio autor. Los acontecimientos de la biografía de Neruda van enlazados con numerosos pasajes de sus poemas en diálogo constante, ilustrando las presencias –el padre autoritario, la *mamadre* y su ternura, los amigos poetas– y también los silencios que encu-

bren el peso del dolor –la hija minusválida, los amores no correspondidos...– o el simple derecho al olvido –nunca reveló Neruda el origen de su seudónimo, si bien se recupera aquí la interesante investigación de Robertson al respecto–. La tarea de Loyola se muestra detectivesca y también titánica, mientras continúa desplegando su *collage* de testimonios y versos, que van dibujando un paisaje de época al que podemos asomarnos para contemplar toda su complejidad.

En ese escenario seremos testigos de los tempranos conflictos familiares, los amores juveniles, el viaje a Birmania como cónsul chileno, el encuentro con Vallejo en París, la llegada a Oriente –que “fue para Pablo un infierno de miseria y soledad, pero cuánto ganó su escritura a través de la aprehensión física y sensual de los detalles” (159)–, el complejo y largo proceso de gestación de su obra maestra –*Residencia en la tierra*–, el doloroso amor de Josie Bliss –su celosa amante birmana– o el amor despechado por Albertina Azócar, destinataria central de los *Veinte poemas de amor* –que no volvió con el poeta ni siquiera ante la petición de matrimonio–. Y también la miseria económica –en el marco de la Gran Crisis de 1929–, la soledad y el desarraigo, o el matrimonio sin amor con Maruca Hagenaar, con la que llega a Temuco el 19 de abril de 1932 tras una larga travesía desde Colombo.

En Buenos Aires, con un nuevo nombramiento como cónsul, Neruda comenzará otro fértil periodo vital y poético. Desde estas páginas podremos asomarnos a episodios entrañables, como los momentos de amistad compartidos con la narradora María Luisa Bombal –que residía con el matrimonio Neruda–, y casi escucharemos cómo se comentaban uno a otro sus piezas, a veces escribiendo en la misma mesa de una cocina llena de luz. También veremos en ese paisaje a Oliverio Girondo y Norah Lange, y asistiremos al encuentro fundamental con Federico García Lorca, que “llega para apoyar y celebrar el éxito de *Bodas de sangre*” (322). Ambos comparten en Argentina amistad y poesía, así como el célebre discurso *al alimón* sobre Darío, o la edición de *Paloma por dentro*, con dibujos de Lorca y poemas de Neruda. El biógrafo aprecia un influjo del poeta granadino en la poesía de Neruda a partir de ese encuentro, particularmente en el explícito erotismo del tríptico que incluye “Agua sexual”.

En mayo de 1934 parten Pablo y Maruca para Barcelona, y llegan después al Madrid tan anhelado por el poeta. Se instalan en la ya legendaria Casa de las Flores de Argüelles, donde pronto se producirá el encuentro con Delia del Carril, fundamental para la evolución ideológica de Neruda, y que se convertirá en su segunda esposa. A ese tiempo corresponden las tertulias en la Cervecería Correos, y a la amistad de Lorca se sumará la de Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Miguel Hernández... Por entonces se da también la historia secreta de “Las furias y las penas”, poema de erotismo intenso que inaugura *Tercera residencia*, y que Loyola desentraña: la protagonista es, según le confesaría el propio Neruda en los años sesenta, la joven Eva Fréjaville, compañera de Alejo Carpentier, con el que ella viajaría a La Habana en 1939 para finalmente casarse con el pintor Carlos Enríquez, y que parece haber encarnado también en el personaje Mouche de *Los pasos perdidos* del cubano. Nos acercaremos al perfil de Eva desde distintos testimonios, como los de Enrico Mario Santí –que la entrevista antes de su muerte– o Elena Garro (“Eva tenía algo inquietante, era como si siempre estuviera al borde del suicidio”, 478). Para Loyola, “Eva pudo haber sido la reaparición de Josie Bliss, una segunda oportunidad para el amor total, *l’amour fou*” (465).

Finaliza el volumen con los colores del fuego. El azul de las fotografías antiguas en el imaginario nerudiano, el rojo de ese hilo con el que Loyola quiere coser estas páginas y unir las a la etapa subsiguiente del compromiso político. Esa llama encendi-

da para la memoria del poeta chileno es, en definitiva, una nueva oportunidad para releer y repensar su obra, para volver a Neruda.

SELENA MILLARES  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

**Jorge Manrique. *Poesía*. Edición, estudio y notas de Vicenç Beltrán. Madrid. Real Academia Española. 2013. 260 pp.**

Número trece de la acertada colección “Biblioteca Clásica de la Real Academia Española”, la edición de la *Poesía* de Jorge Manrique se ha publicado en 2013 a cargo de Vicenç Beltrán, quien cuida, además, el estudio, la anotación y las notas complementarias.

Desde el punto de vista textual la edición actual utiliza el texto crítico propuesto por Beltrán en las dos anteriores publicadas en Biblioteca Clásica (nr 15), en 1993 y en 2000, por la Editorial Crítica, introducidas ambas por un estudio preliminar de Pierre Le Gentil.

A la *constitutio textus* de la poesía de Jorge Manrique Beltrán ha dedicado numerosos y valiosos estudios (ya clásicos, añadiría), luego reunidos en la ficha textual (*obra poética* y *Coplas a la muerte del padre*) dedicada a Jorge Manrique y publicada en el *Diccionario filológico de Literatura Medieval Española. Textos y transmisión*, a c. de C. Alvar y J. M. Lucía Megías, Madrid, Editorial Castalia, 2002, págs. 646-648, ficha en la que pasa reseña de todos los testimonios (manuscritos e impresos) que transmiten el *corpus* poético de Jorge Manrique.

La edición actual utiliza, además, las aportaciones más recientes sobre el propio Jorge Manrique, sin olvidar las ediciones más recientes de su obra, entre otras, la de María Morrás (J. M., *Poesía*, Madrid, Castalia, 2003) y la de Ángel Gómez Moreno (J. M., *Poesía completa*, Madrid, Alianza, 2000) y sobre la poesía de cancionero en general.

Jorge Manrique, su historia personal y su poesía, constituyen un imprescindible *accessus* al mundo social, cultural y literario de una época– la segunda mitad del XV– tan importante para la historia castellana, tal y como apunta Beltrán: “La poesía cortesana es, en el sentido más estricto posible, fruto de un ambiente social, una corte real o señorial, que marca profundamente todos sus productos [p.139]”.

Y esta red social (*ante litteram*) se manifiesta por medio de formas y géneros poéticos principalmente dirigidos al mismo marco social que los produce y que es, de hecho, autorreferencial:

Géneros dialogados –preguntas y respuestas en nuestro caso–, manifestaciones de la subjetividad y autoafirmaciones destinadas a la exhibición narcisista del cortésano –invenciones y motes, pero, en más amplia escala, el lujo y la ostentación en las armas y el vestir, los torneos y justas, las fiestas, etc.– glosas a invenciones, motes y poemas propios y ajenos, parodias y sátiras personales, panegíricos, poemas funerarios... carecen a veces de sentido fuera del entorno para el que fueron creados [p. 139].

La condición esencial para que todo esto se pudiese realizar fue el hecho de que:

La nobleza, para evitar o suavizar sus conflictos internos, creó ciertos mecanismos compensatorios, y el primero fue la cortesía (...) Desarrollar una sociabilidad